
Capítulo 7

El modelo neoliberal peruano: límites, consecuencias sociales y perspectivas

◀ Félix Jiménez*

Introducción

El gobierno del Ingeniero Fujimori, que ya tiene cerca de una década, exhibe como logros económicos importantes una tasa de inflación de un solo dígito alcanzada recién a partir de 1997, la reinserción económica internacional y un notable crecimiento económico durante cuatro años: 1993, 1994, 1995 y 1997. Estos supuestos logros se dan en un contexto macroeconómico caracterizado, entre otros factores, por crecientes déficit comerciales y en la cuenta corriente de la balanza de pagos, el fenómeno de la dolarización del sistema bancario, un significativo retraso cambiario y un costo del crédito relativamente alto que se abarata únicamente con las entradas de capital extranjero.

La recesión económica actual, de mayor intensidad y duración que la de 1996, ha acentuado el debate sobre la pertinencia de las políticas neoliberales para el desarrollo económico y social del país. Los efectos del crecimiento en el empleo fueron reducidos y transitorios. Los puestos de trabajo generados fueron fundamentalmente de corta duración y en sectores no transables de baja productividad o de poca importancia para la generación y difusión de progreso técnico en el conjunto de la economía. Con la recesión se ha agudizado el problema del desempleo y la falta de oportunidades de trabajo.

El propósito de este artículo es mostrar que las características del crecimiento de los años 1993-1997 y la recesión actual revelan que los límites del modelo

* Ph. D. en Economía, del New School for Social Research, New York, USA. Profesor e investigador del Departamento de Economía de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

económico neoliberal para el sostenimiento del crecimiento a largo plazo se encuentran: (a) en el patrón de acumulación de capital y la estructura productiva configurada en los últimos nueve años, (b) en la inoperancia de la política macroeconómica para estimular el crecimiento y combatir la recesión, y (c) en la incapacidad del modelo para superar la situación social prevaleciente en la década de los '80.

El crecimiento no fue resultado de las políticas económicas adoptadas por el régimen fujimorista y éstas, tal como se concibieron y aplicaron, son ineficaces para combatir la recesión actual. Por otro lado, el somero balance de sus costos sociales (en el empleo, los ingresos, la seguridad social, la pobreza y los gastos sociales), revela que las bases sociales de este modelo son precarias.

Carácter reprimarizador y anti-industrial del modelo neoliberal

En agosto de 1990 el gobierno de Fujimori inició la aplicación del programa neoliberal del Consenso de Washington, en un contexto internacional favorable - contrario al de los '80-, caracterizado por el retorno de los créditos externos, la reducción de las tasas de interés internacional, y el dominio ideológico del mercado libre y de la consecuente eliminación de la intervención económica del Estado. Dado que según este Consenso los recursos deben asignarse sólo a través del mercado, el Estado debe ser neutral, debe privatizar sus empresas y algunos servicios (seguridad social, educación, etc.), y debe redefinir su tamaño en función del principio de la austeridad y el equilibrio presupuestal. El propósito del programa neoliberal fue así sentar las bases de un nuevo patrón de crecimiento y acumulación.

La estructura de precios relativos que configuró la aplicación por el régimen fujimorista del programa neoliberal truncó el proceso de industrialización al atrasar el tipo de cambio de manera espectacular, al erosionar el papel de la demanda interna en la reactivación del mercado interno, al encarecer el crédito y, en general, al aumentar los costos industriales de producción. Con esta estructura de precios no sólo se favoreció a la producción exportable tradicional primaria con ventajas naturales, sino también a la producción de bienes y servicios no transables como la construcción y el comercio, sectores sensibles al crédito doméstico. Pero la expansión de este crédito que originó un *boom* de la construcción sin precedentes en el último medio siglo no fue, como veremos más adelante, resultado de la política económica.

De acuerdo con la composición del crecimiento del PBI para el período 1993-1997, que incluye los cuatro años de crecimiento económico, los sectores que registraron tasas notoriamente superiores a la del PBI (41,1%) fueron la construcción (106,2%), el comercio (48,2%) y la minería metálica (48,5%) (véase Cuadro 1). La

recuperación del sector minería desde 1993 es notable. Ocurre después de siete años de consecutivas disminuciones en los niveles de su producción. En pesca se registran las tasas de crecimiento más altas durante 1993-1994 (56,0%).

Cuadro 1

Variación porcentual del PBI Global y Sectorial

Sectores	1991/90	1992/91	1997/92	1998/97
Agropecuario	2,8	-7,9	47,3	3,6
Pesca	-8,9	12,6	10,5	-35,6
Minería	-1,4	-2,2	26,8	4,7
Metálica	6,5	-3,8	48,5	6,8
No metálica	-10,6	0,1	-2,1	0,3
Manufactura	6,8	2,9	38,9	-2,8
Proces. de Recur. Prim.	7,9	-0,6	30,5	-10,6
Resto de la Industria	6,3	-3,9	42,7	0,4
Construcción	0,1	4,0	106,2	1,3
Comercio	7,5	-4,1	48,2	-2,2
Otros	1,2	1,0	31,5	1,6
PBI GLOBAL	2,9	-1,7	41,4	0,3

Fuente: BCRP. Elaboración propia.

El sesgo reprimarizador y a favor de los no transables se refleja también en la composición del crecimiento por el lado de la demanda agregada real. Crecen por encima del PBI (41,1%), durante el mismo período de referencia, la inversión privada (103,9%) y las exportaciones (59,0%). El consumo privado crece en sólo 30,8%, mientras que las importaciones lo hacen en 80,5% (véase Cuadro 2). El crecimiento de la inversión privada se explica fundamentalmente por el aumento espectacular de la inversión en construcción (véase Cuadro 3 y Gráfico 1). Estos datos indican que el crecimiento no fue impulsado por la expansión de la demanda interna. Esta aumentó en 45,5%, sólo cerca de 4 puntos por encima del crecimiento del PBI. Consecuentemente, la manufactura no procesadora de recursos primarios aumentó en un porcentaje similar al del PBI (42,7%).

Cuadro 2
***Crecimiento de la demanda por tipo de gasto
(variación porcentual)***

	1991/90	1992/91	1997/92	1998/97
1. Demanda Interna	4,4	-1,4	45,5	-0,6
Consumo Privado	2,0	-1,0	30,8	-0,4
Consumo Público	0,2	2,9	33,6	1,8
Inversión Bruta Fija	13,3	-3,9	91,0	-1,5
Privada	14,1	-9,0	103,9	-2,3
Pública	9,0	25,1	37,7	3,4
2. Demanda Externa (Exportaciones)	6,4	4,4	58,9	3,3
3. Oferta = Demanda Global	4,8	-0,3	48,2	0,3
Producto Bruto Interno	2,9	-1,7	41,4	0,3
Importaciones	15,7	7,4	80,5	0,1

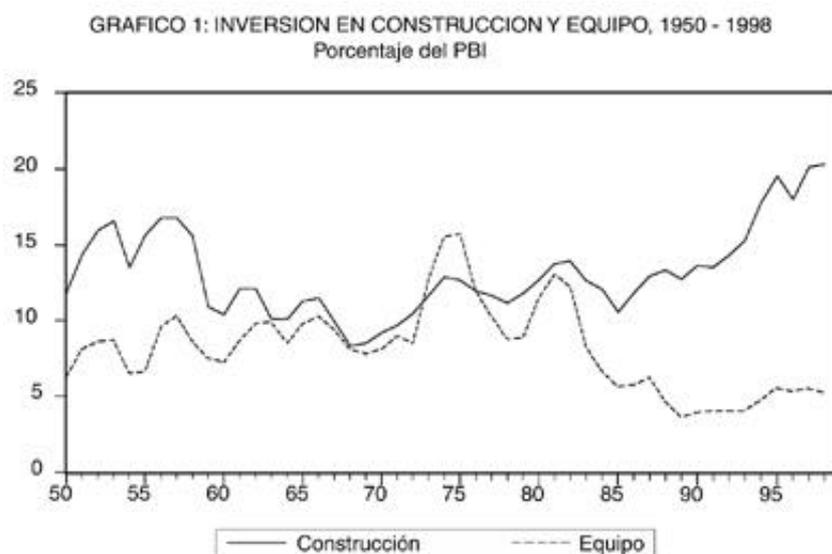
Fuente: BCRP. Elaboración propia

Cuadro 3

Inversión bruta fija, construcción e inversión en equipo (% del PBI)

Años	Inversión Equipo	Construcción	Inversión Bruta Fija
1950	6,3	11,9	18,2
1965	9,8	11,3	21,1
1975	15,8	12,7	28,5
1980	11,5	12,7	24,2
1982	12,3	14,0	26,3
1985	5,7	10,6	16,3
1987	6,3	13,0	19,3
1990	4,0	13,7	17,7
1991	4,1	13,6	17,7
1992	4,1	14,4	18,5
1993	4,1	15,4	19,5
1994	4,8	17,9	22,7
1995	5,6	19,6	25,2
1996	5,4	18,1	23,6
1997	5,6	20,2	25,9
1998	5,3	20,4	25,7

Fuente: INEI. Elaboración Propia.



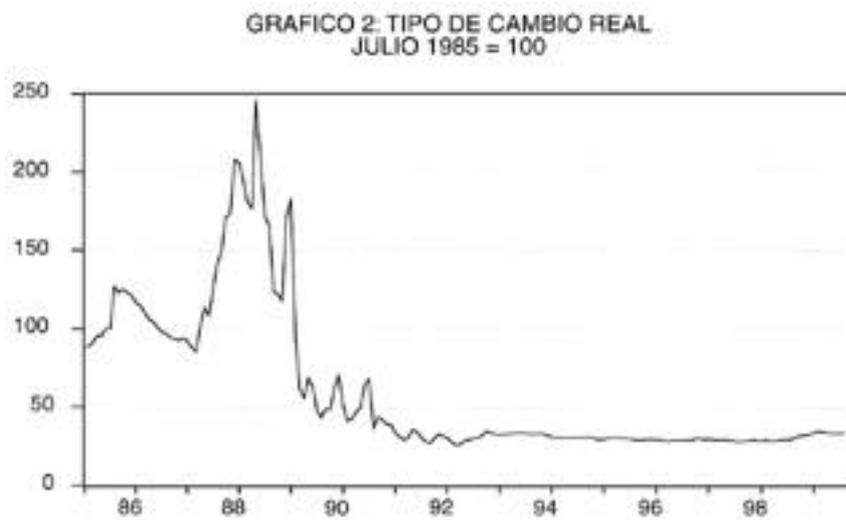
El carácter reprimitizador y desindustrializante del programa neoliberal se expresa, en consecuencia, en la pérdida de importancia del sector manufacturero para comandar el crecimiento (Jiménez, 1994[a] y 1994). La contribución de este sector al crecimiento del PBI disminuyó significativamente en la última década: de un promedio de 36% en los años de reactivación 1986-1987, bajó a casi 22,6% en los años de crecimiento neoliberal, 1993-1997. El crecimiento de la producción manufacturera estuvo comandado por las industrias procesadoras de recursos primarios en los años 1993, 1994 y 1996, y en general respondió a la magnitud del *efecto ingreso* que genera sobre la demanda interna el crecimiento de la producción primaria y de la industria de la construcción. Cabe mencionar, sin embargo, que el *efecto ingreso* de la producción primaria es muy reducido debido a su escasa articulación con la producción manufacturera, pues se refleja fundamentalmente en un incremento del volumen de las exportaciones de materias primas. Por ejemplo, entre enero y julio de este año se produjo una expansión del 17,2% del PBI primario, mientras que el PBI no primario se contrajo en -8,1%. Crecen la pesca (91,3%), la minería (23,5%), la manufactura procesadora de recursos primarios (28,8%) y la agricultura (14,4%). Pero estos sectores no tienen la fuerza suficiente para expandir la manufactura no primaria, que decrece en -4,9%. El factor que explica esta caída es la notable contracción de la industria de la construcción (-17,1%).

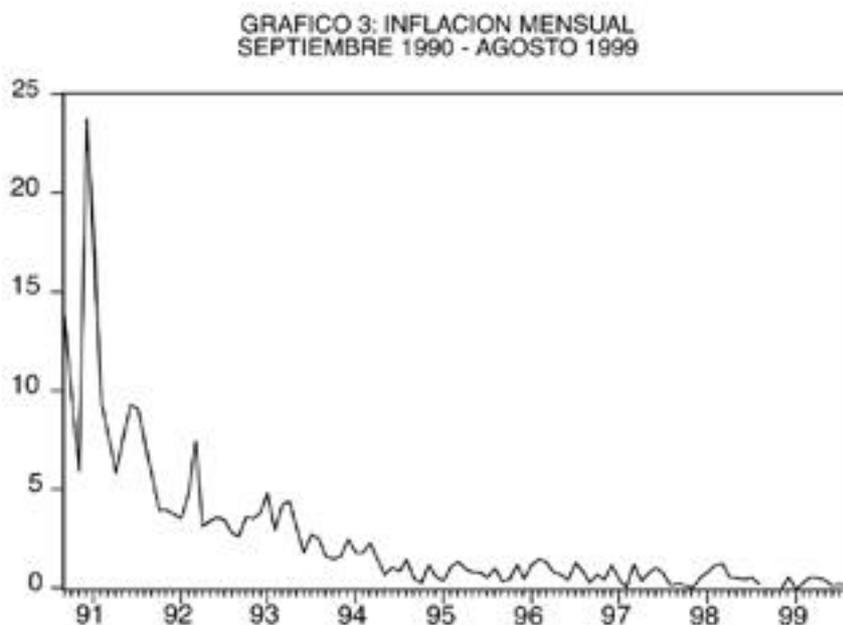
Si se excluye la producción de las industrias de transformación de pescado, de refinación de petróleo y metálica no ferrosa, la tasa acumulada de crecimiento de la producción manufacturera de los años 1993 a 1997 se reduce de 43,0% a 38,9%. Nótese además que en el sector manufacturero no-primario las industrias

que lideran el crecimiento son las de pinturas, barnices, lacas, productos de limpieza y plásticos, las de minerales no metálicos (vidrio y cemento), las de envases metálicos y productos de ferretería, y algunas de la miscelánea 'manufacturas diversas'. No hay que ser un conocedor calificado de la actividad manufacturera para darse cuenta de que el crecimiento de gran parte de estas industrias estuvo vinculado a la expansión de la construcción.

Costo económico de la desinflación o pérdida de competitividad

Se sostiene que el gobierno de Fujimori tiene el gran mérito de haber bajado la inflación, y por tanto estabilizado los precios; y también de haber reinsertado nuestra economía al mercado internacional. El lector debe saber, sin embargo, que la disminución de la inflación efectuada por el régimen fujimorista ha causado más daño que beneficio al país. Y no nos estamos refiriendo a los costos de la demora en disminuirla a menos del 50 % anual. Recuérdese que en 1990, el año del fujishock, la tasa de inflación fue de 7.649,6% y en los años del ex ministro Boloña, 1991 y 1992, las tasas fueron de 139,2% y 56,7% respectivamente. En los años siguientes estas tasas siguieron disminuyendo hasta alcanzar un dígito recién en 1997 y 1998.





Nos estamos refiriendo al método utilizado. Los dos instrumentos anti-inflacionarios del fujimorismo fueron el atraso cambiario y la apertura comercial indiscriminada. El gobierno optó por un régimen cambiario cuasi-fijo, luego de deprimido el tipo de cambio real en más del 50% de su valor de julio de 1990. El período de nítida desinflación recién ocurre después de 1992, cuando el tipo de cambio real se mantuvo prácticamente constante (véase Gráficos 2 y 3, y Cuadro 4). Esta política provocó la masiva pérdida de competitividad de la producción manufacturera, así como la pérdida significativa del mercado doméstico de esta producción por la alta penetración de las importaciones. La famosa re inserción fue, por lo tanto, al revés. En lugar de producir y exportar más productos manufacturados, importamos más. Mientras las exportaciones aumentaron en 72,3% entre 1990 y 1998, las importaciones lo hicieron en 258,5%. Ha disminuido nuestra participación no sólo en el mercado mundial de manufacturas, sino en el del Grupo Andino. El déficit comercial manufacturero actual supera el 50% de la producción del sector, al igual que en los años del modelo primario exportador de la década del '50. En 1990 este porcentaje era de 30,6%.

Cuadro 4
Indice de paridad cambiaria e inflación

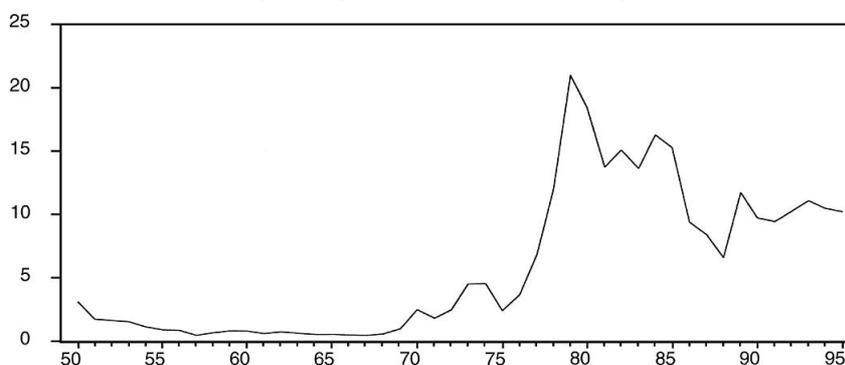
Año	Mes	Paridad Cambiaria	Inflación
1985	Julio	100,00	10,34
1987	Julio	126,00	7,30
	Diciembre	208,00	9,60
1990	Julio	68,34	63,23
	Diciembre	39,16	23,73
1991	Julio	30,83	9,10
	Diciembre	31,52	3,74
1992	Julio	30,20	3,48
	Diciembre	33,07	3,80
1993	Julio	33,52	2,74
	Diciembre	32,17	2,51
1994	Julio	30,78	0,90
	Diciembre	29,03	0,60
1995	Marzo	29,83	0,60
	Diciembre	29,61	0,50
1996	Julio	29,14	1,40
	Diciembre	29,79	1,20
1997	Julio	28,62	0,80
	Diciembre	28,86	0,60
1998	Julio	29,30	0,60
	Diciembre	32,50	0,60
1999	Julio	33,21	0,30

Fuente: INEI y BCRP. Elaboración Propia.

El espectacular atraso cambiario, utilizado como estabilizador de precios, afectó los ingresos por exportaciones manufactureras, elevando relativamente los costos de producción pues la mayor parte de insumos de la industria manufacturera de transables es de origen nacional. Como consecuencia de este hecho, el coeficiente de las exportaciones manufactureras con respecto al producto del sector no sufrió cambios notables: se mantuvo en alrededor del 10%. Las mayores tasas de crecimiento de este coeficiente se registraron en la década de los '70

(Schydlosky, Hunt y Mezzera, 1983). Durante 1975-1979 crece en forma exponencial, para después, entre 1980 y 1988, fluctuar sobre una tendencia marcadamente decreciente. Se recupera en 1989, cae ligeramente en 1990-1991, y luego aumenta, aunque levemente, en los años 1992-1993, para volver a disminuir durante 1994-1995. En consecuencia, el coeficiente de exportaciones manufactureras muestra, durante la apertura, una tendencia casi estancada, que contradice la hipótesis neoclásica liberal (véase Gráfico 4). Las exportaciones de la industria procesadora de recursos primarios fueron las que más crecieron: 67,5% entre 1990 y 1995 y 84,1% entre 1990 y 1996.

GRAFICO 4
EXPORTACIONES MANUFACTURERAS
(Porcentaje de la Producción Manufacturera)



La industria manufacturera dejó de ser el motor o líder del crecimiento. Al perder competitividad también perdió importancia como generadora y multiplicadora de puestos de trabajo permanentes y de ingresos decentes. El reducido número de ramas industriales que ganan competitividad relativa entre 1985-1996 genera sólo el 25,12% de la producción y el 37,1% de las exportaciones del sector. Pero origina un déficit comercial que representa el 38,6% del total, y no tiene necesariamente capacidad de generación y difusión de progreso técnico.

Pocas son las ramas donde los cambios en la competitividad están asociados a mejoras en la productividad, y no a la depresión de la demanda interna y de los salarios, ni a la existencia de capacidad ociosa. La reducción del mercado interno para la producción manufacturera provocada por el espectacular crecimiento de las importaciones afectó el carácter macroeconómico de la productividad, así como la presencia e importancia de los rendimientos crecientes, y por tanto del comercio intra-industrial. Es verdad que las ganancias en competitividad se concentraron en ramas con rendimientos crecientes, pero éstas (como las imprentas, las pinturas, los muebles, los artículos minerales no metálicos, las maderas, los alimentos y los productos del cuero) tienen muy poca capacidad de generación y

difusión del progreso técnico. Gran parte de las otras ramas con rendimientos crecientes perdieron competitividad como consecuencia de las políticas neoliberales.

No puede ser un mérito, entonces, haber bajado la inflación desindustrializando la economía y haciéndole perder competitividad y mercado justamente al sector que multiplicaba más el empleo y el ingreso. A la apertura y al rezago cambiario se le adicionaron la contención de los salarios reales, la restricción monetaria y la llamada disciplina fiscal, que en conjunto provocaron la pérdida de liderazgo de la demanda interna en el crecimiento.

En resumen, con el recetario neoliberal hemos regresado, en condiciones económicas, sociales y políticas peores, al mismo sitio de donde partimos hace cincuenta años. A un modelo de crecimiento primario exportador altamente dependiente del capital externo, más vulnerable a los *shocks* externos, y contrario al desarrollo económico y social del país.

Estrangulamiento externo creciente e inestabilidad macroeconómica

Del análisis anterior se desprende que la política neoliberal no ha estabilizado la economía. Disminuyó notoriamente la inflación pero a costa de la exacerbación del desequilibrio externo. La estructura de precios relativos que configuró redujo relativamente la inversión en equipamiento comparada con la inversión en construcción. Mientras esta última aumentó su participación en el PBI de 13,7% en 1990 a 19,6% en 1995 y a 20,4% en 1998, la inversión en equipamiento aumentó de 4,0% en 1990 a sólo 5,6% en 1995 y a 5,3% en 1998 (véase Cuadro 3). Nótese además que estos últimos coeficientes son sustantivamente menores que los registrados en los '80. Visto de otro modo, mientras la inversión en construcción aumentó su participación en la inversión total de 66,3% en 1990 a más de 76,0% después de 1992, lo contrario ocurrió con la inversión en equipamiento. Estos porcentajes no son netos de depreciación; por tanto, la tasa de crecimiento del *stock* de capital debe ser todavía mucho menor que antes.

Este estancamiento de la inversión en equipamiento tiene que haber provocado una reducción de la capacidad productiva per cápita, con lo cual los aumentos significativos y sostenidos de la producción por habitante deben provocar aumentos significativos de importaciones y, por tanto, crecientes déficit comerciales. El PBI per cápita de 1995 fue equivalente a sólo el 87,5% del de 1987. Ambos años son picos del ciclo económico. En estos años las tasas de crecimiento fueron de 8,0% y 7,3%, respectivamente. Pero en 1987 el déficit comercial fue de -1,4% del PBI, mientras que en 1995 fue de -3,4% del PBI.

En consecuencia, niveles superiores y sostenibles de producto por habitante, basados en un crecimiento significativo de la capacidad de producción, serían imposibles sin un aumento sustancial del déficit comercial. En otras palabras, ha au-

mentado el déficit comercial para la reproducción de un mismo nivel de producto per cápita. Niveles superiores de producto por habitante basados en un crecimiento significativo de la capacidad de producción serían imposibles sin un aumento sustancial del déficit externo. Esto significa que en las condiciones actuales un mismo superávit comercial debe asociarse a un PBI per cápita menor, o un mismo producto per cápita debe asociarse a un superávit comercial menor, o a un déficit comercial mayor en valor absoluto.

A esta acentuación del desequilibrio comercial hay que agregarle que la política fiscal orientada a la generación de superávit primarios para servir a la deuda externa, junto al mayor peso de la inversión extranjera directa, aumentó significativamente el déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos: de 5,7% en 1987 a 7,3% en 1995. En lo que va del régimen se ha transferido a los acreedores internacionales la cifra espectacular de más de diez mil millones de dólares, más del 50% del *stock* existente en 1990.

En resumen, la reprimarización de la economía y el truncamiento de la industria manufacturera, junto con la política macroeconómica, han acentuado el estrangulamiento externo no sólo por el lado de la balanza comercial, sino también por el lado de los servicios financieros (remisión de utilidades de la inversión extranjera y pago de intereses de la deuda externa).

Si el régimen fujimorista no hubiera tenido un entorno internacional favorable en los años 1993-1997, con bajas tasas de interés, buen clima, demanda mundial creciente por productos primarios y afluencia de capital extranjero (en su forma financiera y de inversión directa), la economía no hubiera crecido. El crecimiento de esos años se produjo por lo tanto a pesar de la política macroeconómica.

Crecimiento e inoperancia de la política económica neoliberal

De los casi diez años de fujimorismo neoliberal, sólo cuatro fueron de crecimiento (1993, 1994, 1995 y 1997), y los otros seis, como el actual, de recesión. Pero los cuatro años de crecimiento económico tienen muy poco o casi nada que ver con las políticas macroeconómicas y las llamadas reformas estructurales de este régimen. En otras palabras, el crecimiento económico de esos años se produjo a pesar de la política neoliberal.

En primer lugar, la política macroeconómica atrasó el tipo de cambio real al mismo tiempo que se liberalizó el comercio simultáneamente con el mercado financiero y la cuenta de capitales. Entre enero de 1993 y diciembre de 1997, el tipo de cambio real se mantuvo en un valor promedio equivalente a sólo el 44,5% de su nivel registrado en julio de 1985, con una desviación estándar de 1.61. Ese tipo de cambio promedio representa sólo el 24,2% del que se alcanzó en julio de 1987. Cuando el período se extiende de enero de 1993 a julio de 1999, el tipo de

cambio promedio aumenta ligeramente hasta un valor equivalente al 44,9% del registrado en julio de 1985 (véase Cuadro 4). El aumento de su desviación estándar (1,81) es también poco significativo. Esto quiere decir que el aumento reciente en el tipo de cambio real, por las presiones devaluatorias de la fuga de capitales, es como una gota de agua en el desierto.

¿Puede alguien afirmar que con este tipo de cambio se estimuló el crecimiento de la producción y de las exportaciones? La apertura comercial y cerca de diez años de atraso cambiario afectaron a la industria al aumentar relativamente sus costos de producción, haciéndole perder competitividad. Pero como ya se mencionó, el atraso cambiario y la apertura comercial también originaron consecutivos déficit comerciales en todos los años de este régimen, al desestimular las exportaciones no-tradicionales y abaratar las importaciones. Cuando la balanza comercial es deficitaria, disminuye la demanda agregada y consecuentemente la producción. Por lo tanto, las políticas cambiaria y comercial no pueden ser responsables de crecimiento económico alguno.

En segundo lugar, el crecimiento tampoco tuvo que ver con la política fiscal, cuya orientación fundamental fue servir la deuda externa. No pueden producir crecimiento nueve años consecutivos de generación de superávit fiscal primario. En los cursos elementales de economía se aprende que los superávits fiscales contraen la demanda agregada y, por tanto, la producción. El superávit primario de los años 1991-1993 y 1996-1998 fue, en promedio, equivalente al 1,3% del PBI. Únicamente durante los años de la llamada “fiesta fiscal reeleccionista”, 1994 y 1995, el porcentaje del superávit primario bajó a 0,9% y a 0,3% respectivamente. En consecuencia, no se puede asociar el crecimiento a la política fiscal de creación de superávits primarios.

En tercer lugar, tampoco puede adjudicarse a la política monetaria el crecimiento de los años 1993, 1994, 1995 y 1997. En este caso no hay manera de identificar el mecanismo de transmisión que expandió la demanda agregada y, por tanto, la producción. La política monetaria restrictiva que caracteriza a este régimen encareció el crédito. El crédito caro, como sugiere el sentido común, tiene un efecto recesivo y no expansivo en la producción. Como veremos más adelante, el costo del crédito disminuye sólo en el período de entrada masiva de capitales extranjeros.

Por último, las privatizaciones, parte importante de las llamadas reformas estructurales, tampoco tuvieron un efecto expansivo directo en la producción. Por ejemplo, como resultado de las privatizaciones en energía eléctrica y en telefonía, pagamos tarifas de monopolio que no sólo perjudican a los consumidores sino también a la empresa privada nacional por sus efectos en los costos de producción. Lo mismo ocurre con el precio del galón de gasolina, cuyo precio es más o menos dos veces el precio internacional. Con un tipo de cambio atrasado y tarifas públicas caras hemos perdido competitividad en los mercados internacionales

y, lo que es peor, hemos empeorado nuestra posición comercial frente a algunos países de la Comunidad Andina.

Clima y demanda mundial: dos factores del crecimiento

El lector se preguntará entonces por qué hubo crecimiento económico en esos cuatro años. Lo primero que hay que recordar es que la estructura de precios relativos era anti-industrial; no favorecía la expansión de la industria manufacturera porque encarecía relativamente sus costos de producción. Erosionó su competitividad frente a las masivas importaciones provocadas por la apertura. Pero esa estructura de precios relativos favoreció la explotación y producción de productos con alta renta natural, es decir, la producción primaria con ventajas naturales de productividad, como la minería y la pesca, que responde al clima. Sin embargo, este tipo de producción tampoco se hubiera expandido sin la demanda internacional correspondiente. La suerte de este régimen fue que esta demanda se recuperó a partir del año 1992.

Como se comprenderá, las políticas económicas no pueden influir ni en el clima ni en la demanda mundial. Y justamente fueron estos dos factores los que explicaron el notable crecimiento de las exportaciones y de la correspondiente producción primaria durante los años 1993, 1994, 1995 y 1997.

El comportamiento de la demanda mundial puede ilustrarse con la tasa de crecimiento de las importaciones de los EE.UU. Estas importaciones aumentaron, en términos reales, a una tasa promedio anual de 4,9% durante 1984-1992 y de 10,6% durante 1992-1997. En correspondencia con este comportamiento de la demanda mundial, las exportaciones peruanas crecieron a una tasa promedio anual de 1,9% durante 1984-1992 y de 13,2% durante 1992-1997. Las exportaciones que más crecieron durante este último período fueron justamente las de productos tradicionales pesqueros, en primer lugar, y luego las de productos agrícolas y mineros. Mientras las exportaciones tradicionales totales crecieron en 108,3% durante 1990-1997, las exportaciones de productos pesqueros aumentaron en 226,0%. En el grupo de las exportaciones no tradicionales, los productos que más crecieron durante el mismo período son los agropecuarios (185%), pesqueros (160%), minerales no-metálicos (230%) y otros, que incluyen joyas de metales preciosos (212,4%). Todos estos productos pertenecen a la industria manufacturera procesadora de recursos primarios. Nótese además que el grupo de las exportaciones no tradicionales como un todo crece en 106,7%.

En resumidas cuentas, nuestras exportaciones primarias, tradicionales y no tradicionales, crecen no sólo porque la demanda mundial crece, sino también porque el clima favorece a la expansión de la producción del sector pesquero. Ciertamente, nada de esto tiene que ver con la política económica de este régimen. En 1998, después de cua-

tro años consecutivos de crecimiento, las exportaciones totales se contraen en -16,1% por efectos de la crisis internacional que se inicia en el Asia a mediados de 1997. Las más afectadas fueron las exportaciones tradicionales, que cayeron en -22,0%.

Financiamiento del crecimiento y dependencia del capital extranjero

Con la política fiscal descrita, la política monetaria restrictiva y la desindustrialización de la economía, los impulsos fundamentales al crecimiento no podían provenir de factores internos. Ninguna de las políticas neoliberales se orientó a la expansión de la demanda interna ni al financiamiento de esta expansión. ¿Cómo se financió entonces el crecimiento? El crédito de capital extranjero fue el recurso de la banca doméstica para expandir sus colocaciones internas a costos más bajos, pues estos recursos no eran sujetos de encaje.

Entre 1990 y 1997 el crédito de la banca comercial al sector privado en moneda nacional (convertida en dólares) aumentó a una tasa promedio anual de 36,7%, mientras que en moneda extranjera aumentó a la notable tasa de 57,3%. Durante ese mismo período la deuda externa total de corto plazo del sistema financiero (sin Banco Central de Reserva - BCRP) aumentó a una tasa de 25,5% promedio anual. Si se suma la deuda de corto plazo del sector privado no financiero, los pasivos internacionales de corto plazo del sector privado aumentaron a una tasa de 16,0% anual. En cifras absolutas, estos pasivos aumentaron de 2.291 millones de dólares en 1990 a 6.384 millones en 1997.

De 1998 en adelante el crédito de la banca comercial al sector privado se desacelera, al igual que la deuda externa total de corto plazo del sistema financiero (sin BCRP). La deuda de corto plazo del sistema financiero subió de 679 millones de dólares en 1990 hasta alcanzar un máximo de 4.327 millones de dólares en setiembre de 1998. Después disminuye hasta alcanzar la cifra de 2.534 en junio de 1999. Al incluir la deuda de corto plazo del sector privado no financiero, el valor total de la deuda asciende a 7.731 millones de dólares. Luego disminuye hasta la cifra de 5.000 millones en junio de 1999. Este es el factor que explica la crisis de liquidez actual.

La alta tasa de crecimiento de los créditos en moneda extranjera se explica por el aumento de la liquidez doméstica en dólares debido al endeudamiento externo de corto plazo de la banca doméstica. Con este tipo de endeudamiento se abarataba relativamente el crédito, pues este pasivo internacional de la banca comercial no estaba sujeto a encaje ni al impuesto a los activos. Estos créditos son los que financiaron el crecimiento. Pero ésta no fue la única fuente de financiamiento. La inversión extranjera de cartera aumentó de 27 millones de dólares en 1992 a 4.044 millones de dólares en 1997. Igual ocurrió con la inversión extranjera directa, que pasó de 1.501 millones de dólares en 1992 a 7.742 millones de dólares en 1997.

Entre 1990 y 1992, período de recesión, el costo real del crédito fue alto tanto en moneda extranjera como en moneda doméstica. La tasa de interés real activa promedio (en dólares y en soles) llegó a la cifra de 37,1% en 1992. Pero en el período de gran afluencia de capitales extranjeros el costo real del crédito disminuyó. La tasa de interés real bajó hasta 6,0% en 1994 para luego empezar a subir hasta alcanzar la cifra de 27,7% en 1998, año en el que la crisis internacional frenó el flujo de los capitales internacionales.

El bajo costo del crédito y la alta tasa de crecimiento de los créditos en moneda extranjera durante el período de crecimiento se explican, en consecuencia, por el aumento de la liquidez doméstica en dólares debido a la afluencia de capitales internacionales, básicamente en forma de endeudamiento externo de corto plazo de la banca doméstica.

Por tanto, la actual recesión, así como la de los años 1991-1992, se debe a la sequía crediticia expresada en un drástico recorte del crédito bancario al sector privado y en una elevación espectacular de su costo real, que en el primer trimestre de este año alcanzó la cifra de 34,0%. Con el pánico financiero provocado por la crisis rusa, la expansión crediticia se detuvo desde la segunda mitad de 1998 debido a la salida de capitales extranjeros. Entre setiembre de 1998 y abril de este año salieron del país aproximadamente US\$ 1.800 millones de dólares.

La salida de capitales privados se produce junto con la pérdida de reservas internacionales netas (RINES) del Banco Central de Reserva, que por primera vez ocurre en lo que va del régimen fujimorista neoliberal. Las reservas aumentan año a año desde 1990 hasta 1997 a una tasa promedio anual de 52,4%. El valor máximo de RINES logrado por este gobierno fue de 10.457 millones de dólares, registrado en abril de 1998. Después de este mes se inicia un descenso notable: a 9.183 millones en diciembre de 1998 y a 8.627 millones en setiembre de 1999. La pérdida en 17 meses asciende a 1.830 millones de dólares.

Inoperancia anti-recesiva de la política económica neoliberal

La política macroeconómica no sólo es inoperante para sostener el crecimiento, sino también para combatir la recesión. Esta política ha enajenado la economía a las entradas y salidas de capital extranjero. Ante el desequilibrio externo (déficit de la balanza comercial y en cuenta corriente) y la salida de capitales, la autoridad monetaria no ha respondido como antes, devaluando y creando inflación. La devaluación es recesiva en el corto plazo, por su efecto en los sueldos y salarios reales y en particular porque en una economía con un sistema bancario dolarizado, como la peruana, el aumento del tipo de cambio real expande las malas deudas de las empresas y familias que perciben ingresos principalmente en moneda nacional.

El otro instrumento utilizado en estos casos, la austeridad fiscal, estuvo presente de modo casi permanente y al margen de los ciclos. La actual opción por la contracción de la actividad económica, es decir, por un ajuste por cantidades y no por precios que sería el caso de una devaluación, prolongará la recesión. Y en las condiciones actuales, la prolongación de la recesión difícilmente morigerará la fuerte presión sobre las reservas internacionales del Banco Central de Reserva.

Debido a que continuará el atraso del tipo de cambio real, no habrá crecimiento importante de las exportaciones manufactureras¹, y mientras el flujo de créditos no se restablezca, seguirá la contracción de la industria de la construcción y de la manufactura no primaria para el mercado interno. Hay que señalar, por otro lado, que en la actualidad hay una demanda acrecentada de fondos o capitales extranjeros dada la internacionalización de la crisis financiera. El entorno macroeconómico generado por la política neoliberal es complicado. Junto al agravamiento del déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos, la política neoliberal es responsable de la fragilidad financiera en términos de cartera pesada y de dolarización del portafolio bancario.

En la actual situación de recesión, los bancos son reacios a expandir los créditos. Cualquier política destinada a aumentar sus fondos prestables (compra de dólares al sector privado o reducción de encaje en moneda extranjera) tendría efectos contraproducentes. La inyección de oferta de crédito en moneda nacional bajaría la tasa de interés en soles, pero presionaría al alza del tipo de cambio acentuando la fragilidad del sistema bancario. Sería además la renuncia expresa a uno de los instrumentos antiinflacionarios por excelencia. Por otro lado, si se reduce el encaje en moneda extranjera para aumentar la oferta correspondiente de crédito, se agudizaría la disminución de las reservas internacionales netas del Banco Central de Reserva. Esta política, por lo demás, estimularía a los bancos locales a pagar sus deudas con los bancos extranjeros, y en el mejor de los casos el correspondiente aumento del crédito favorecería más a las grandes empresas. En consecuencia, la política monetaria es inoperante en el esquema neoliberal fuji-morista.

Pero tampoco puede optarse decididamente por una política fiscal contracíclica (aumento del gasto o disminución de impuestos en la actual recesión), no obstante el ciclo político actual que exige una reactivación para antes de las elecciones presidenciales del próximo año. Los fondos acumulados de la privatización financiarían con creces un gasto deficitario, pero optar por esta política significaría no sólo renegar de la premisa neoliberal de neutralidad del Estado, sino enfrentarse a los acreedores de la deuda externa.

La recesión actual y las consecuencias sociales del ajuste, como veremos enseguida, podrían generar las condiciones para un cambio drástico de las políticas y de su concepción neoliberal.

Costos sociales del ajuste neoliberal

Una de las más importantes consecuencias de la aplicación del programa de ajuste estructural y de las políticas macroeconómicas neoliberales fue su efecto reducido en la creación de empleos y en la calidad del empleo.

Precisamente durante los años de crecimiento económico, 1993-1997, el empleo crece a una tasa de 4,9% promedio anual. Hasta 1992 la población económicamente activa (PEA) ocupada de Lima Metropolitana permaneció prácticamente invariable, mientras que el porcentaje del empleo total respecto de la población en edad de trabajar había caído desde una cifra cercana al 54% hasta alcanzar su punto más bajo, aproximadamente 49%, en 1992².

Con este crecimiento del empleo, el porcentaje de desempleo en Lima Metropolitana disminuye de 9,5% en 1992 a 7,1% en 1995. Pero después, con la desaceleración de la economía, vuelve a aumentar a 9,0% en 1997 y a 10% el primer trimestre del presente año. Por otro lado, el porcentaje de desempleo urbano total nacional asciende ahora a 9,8% y, es mayor que el de 1990 (8,3%) y que el de 1992 (9,4%). Estas fluctuaciones de la tasa de desempleo revelan el carácter inestable de los puestos de trabajo generados durante el ajuste neoliberal.

No obstante el aumento del empleo en los años 1993-1997, no se puede afirmar que el régimen neoliberal exhibe como un logro la reducción de la tasa de desempleo del período anterior a la década de los años '90. Mientras el promedio de desempleo entre 1986 y 1988 fue de 5,5%, este promedio asciende a 8,6% entre 1992 y 1997. Si no se puede afirmar que este aumento del desempleo se debe a un aumento de la tasa de actividad, como se señala en Saavedra (1998), es claro que el modelo basado en el liderazgo de los sectores primarios y no transables como la construcción, fue incapaz, no obstante su vigencia de más de nueve años, no sólo de mantener el porcentaje de desempleo que heredó, sino de crear puestos de trabajo a tasas capaces de absorber a las 260.000 personas que anualmente se incorporan al mercado de trabajo en el Perú Urbano³. La magnitud del empleo en las empresas de cien y más trabajadores se mantuvo por debajo del existente en los años de 1990-1991.

La llamada flexibilización del mercado de trabajo ha vuelto más precaria la retención de los puestos de trabajo. La probabilidad del desempleo se incrementa para los trabajadores más jóvenes y para los que sobrepasan los 45 años. La explicación a este fenómeno es que con el proceso de reforma estructural se hacen obsoletas las calificaciones provenientes del entorno económico anterior (Saavedra, 1998: pp.17-18).

Es verdad que el empleo aumentó durante los años de crecimiento económico, fundamentalmente en el sector privado del Perú Urbano Nacional, a una tasa de 5% promedio anual entre 1991-1997 que compensó la contracción del empleo en el sector público a una tasa de -6,0% anual. Pero este aumento se debió fun-

damentalmente al crecimiento del empleo informal⁴. En efecto, el régimen neoliberal se inicia en 1990 con un empleo informal que representa el 52,0% del empleo total, y en lugar de reducirlo lo incrementó hasta alcanzar la cifra de 56,9% en 1997. Aún si del conjunto del empleo se sustrajera, como lo hace Saavedra (1998), a aquellos trabajadores que cumplen con las regulaciones o que trabajan en empresas con las que tienen vínculos que se adecuan a las regulaciones, el porcentaje de empleo informal (54,0%) durante los años de crecimiento 1993-1997 ni siquiera se situó por debajo del registrado entre 1986 y 1987(55,1%), dos años de crecimiento económico en la década de los '80. El modelo neoliberal no ha reducido por lo tanto los empleos de refugio, de mala calidad y precarios por ser inestables y carentes de beneficios sociales. Además pertenece a un sector con escasas o nulas posibilidades de modernización por sus bajas remuneraciones y productividades.

Una economía que no descansa en el dinamismo de la demanda interna y en particular del consumo privado, tiene el camino expedito para ajustar el mercado de trabajo mediante la llamada flexibilidad salarial, es decir, ajustando los ingresos de los trabajadores hacia abajo, sin límite legal alguno que lo evite compulsivamente. El salario mínimo se congeló en términos nominales entre 1991 y 1995. Después del *shock* de agosto de 1990 los ingresos reales mensuales de los trabajadores formales e informales se recuperan con la desinflación de los años siguientes. Los ingresos de los trabajadores formales muestran una tendencia creciente recién entre 1993 y 1995, período en el que aumentan a una tasa de 10,0% promedio anual. Después, entre 1996 y 1998, la tendencia es ligeramente decreciente. En cambio, después de su recuperación en 1991-1992, los ingresos reales de los trabajadores informales permanecen casi constantes o con una tendencia ligeramente decreciente. En resumen, los ingresos reales en los años '90 de trabajadores formales e informales no han recuperado sus altos niveles registrados durante la reactivación económica de 1986-1987. En particular, los salarios reales se estancaron en el nivel que alcanzaron en 1989, que a su vez constituía sólo el 67% del registrado en 1985.

En concordancia con el patrón de crecimiento de los años '90, el reducido crecimiento del empleo se concentró en los sectores de la construcción, cuya participación en el empleo pasó de 3,8% en 1993 a 5,0% en 1997; comercio, restaurantes y hoteles, que pasó de 21,3% en 1993 a 26,8% en 1994 para luego disminuir a 21,2% en 1997; y agricultura, caza, silvicultura y pesca, que pasó de 31,8% en 1993 a 34,5% en 1997. La participación de la manufactura en el empleo se redujo de 12,6% en 1993 a 11,1% en 1997.

Este tipo de crecimiento y distribución del empleo también revela su precariedad temporal. Los empleos permanentes disminuyeron de un 80% del empleo asalariado formal en 1991 a 39% en 1997. Si se considera que el asalariamiento formal (público y privado) es del orden de 45% del empleo total, el porcentaje de

trabajadores con una relación formal permanente disminuyó de 36% del total de trabajadores a la cifra inverosímil de 18%. Con la desregulación del mercado de trabajo se redujo el costo de despido y se intensificó la modalidad de contrataciones y subcontrataciones a través de los llamados *Services*. Por lo demás, el propio gobierno estimuló los contratos de formación laboral juvenil y los contratos de prácticas pre-profesionales, ciertamente con bajos ingresos.

Con los ajustes y políticas neoliberales, la magnitud del aseguramiento en salud ha disminuido en las distintas modalidades de seguros públicos y privados. El porcentaje de personas con seguro de salud disminuyó de 37,7% en 1994 a 23,5% en 1997. La población con seguro privado, además de EsSalud, es la que sufrió la mayor disminución entre 1994 y 1997: a más de la mitad. EsSalud disminuyó en algo más de un tercio y los que sólo tenían seguro privado disminuyeron en casi un tercio (Petretera y Cordero, 1999: p. 218).

La desregulación del mercado de trabajo tal como se dio en el país, y los bajos ingresos, son por lo tanto responsables de la disminución dramática del porcentaje de la población económicamente activa que cuenta con seguro social. El régimen neoliberal heredó en 1990 un 47,6% de PEA asegurada para después reducirlo sistemáticamente hasta el 27,1% en 1998. Compárese con el porcentaje registrado en 1987 (41,2%). Los que perdieron su empleo formal y pasaron a la informalidad “pudieron mantener su estatus de asegurado a EsSalud, aportando directamente un 9% del nuevo ingreso, pero ello no ocurrió, aún con la reactivación de la economía peruana que se dio entre los años 1993-1997” (Petretera y Cordero, 1999: p. 220).

Por otro lado, con el crecimiento de los años ‘90 la pobreza no se ha reducido. En 1985 representaba el 41,0% de la población. Subió a 53,0% en 1995, año que siguió al *shock*, y sólo disminuyó a 51,0% en 1997. Según ENNIV de 1997, este último porcentaje equivale a un poco más de 12 millones de personas. Ciertamente, la mayor incidencia de pobreza se encuentra en las familias de la sierra rural, donde parece haberse reducido ligeramente en términos relativos respecto a 1985. Le siguen las familias de la selva rural donde la pobreza ha aumentado. Entre los otros grupos que contribuyeron al aumento de la pobreza respecto a 1985 están las familias de Lima y de la sierra urbana (Figuerola, 1998).

La proporción del gasto público en salud y educación respecto del PBI muestra que la principal preocupación del régimen neoliberal no fue la condición de vida de la población del país. Durante 1990-1991 dicha proporción era de 2,3%, la más baja de América Latina. Durante 1996 y 1997, luego del crecimiento económico notable de 1993-1995, dicho porcentaje sube a 5,8% (Iguñiz, 1999). El gasto en educación sube de 2,4% en 1992 a 3,1% en 1997, para disminuir en 1998 a 2,9% del PBI.

Si se examina la composición de este gasto público, los de inversión en el sector social aumentaron notablemente en los años ‘90. En 1985-1987 el prome-

dio de participación era de 15%, para luego subir a más de 20% a partir de 1994, debido principalmente a la mayor inversión en locales escolares (Figueroa, 1998). Esto es totalmente compatible con el *boom* de la construcción analizado aquí. La mayor incidencia relativa del gasto en locales escolares no tiene un impacto directo en la calidad de la educación si se toma en cuenta el empobrecimiento de los profesores, que el promedio de alumnos por maestro está entre los más altos del subcontinente, y que las horas de escuela están entre las más bajas (Iguñiz, 1999). El régimen neoliberal no tiene estrategia alguna de ganancias de ventajas competitivas para insertar al país en mejores condiciones en el mundo globalizado actual⁵.

Conclusiones y perspectivas

En resumen, los liberales de nuestro país tuvieron la suerte de contar con un escenario internacional y con el clima que favoreció el crecimiento de la producción primaria. Y este crecimiento, junto con el de la producción de no transables –como la del sector construcción–, se hizo posible únicamente por la masiva entrada del capital extranjero. Más precisamente, la industria de la construcción se expandió justamente en los años de relativo abaratamiento del crédito por la entrada de capital extranjero de corto plazo en forma de pasivos internacionales del sistema bancario, mientras que la producción primaria fue impulsada básicamente por la inversión extranjera.

Cuando disminuyó la liquidez por efectos de la crisis internacional, la economía entró en recesión. En otras palabras, cuando el flujo de estos capitales se frenó, el modelo económico se paralizó. Y como la política económica tampoco fue capaz de desdolarizar el sistema financiero doméstico, la presión al alza del tipo de cambio y el encarecimiento del crédito afectaron la capacidad de pago de las empresas endeudadas en dólares y pusieron al sistema financiero al borde de una crisis general de deuda. Rota la llamada “cadena de pagos”, el modelo entró en una situación de entrapamiento⁶.

El análisis efectuado hasta aquí revela que los límites del modelo se encuentran tanto en el patrón de acumulación y estructura del aparato productivo configurados en prácticamente dos lustros de neoliberalismo, como en la inoperancia de la política macroeconómica neoliberal del fujimorismo. Pero además tiene un límite social. No han aumentado sostenidamente los puestos de trabajo ni ha mejorado la calidad del empleo; tampoco han aumentado los ingresos. En el Perú se pagan salarios africanos. La calidad de vida de la mayoría de la población no ha mejorado, el sistema educativo está en crisis. En materia de salud seguimos atrasados: los hospitales no han renovado su equipo ni han incrementado su capacidad para atender la demanda creciente.

El sostenimiento del crecimiento económico más allá de lo que indica la experiencia histórica depende, en el contexto neoliberal actual, tanto del impulso del sector primario exportador mediante la inversión extranjera (Jiménez, 1989) como de la continua liquidez en dólares del sistema financiero (o la superación de la “trampa de la liquidez” actual) para seguir financiando la expansión de la producción no transable. Debe advertirse, sin embargo, que la actividad de construcción no puede por sí sola sostener el crecimiento económico a largo plazo; que los efectos macroeconómicos del capital extranjero —como nos recuerda Kalecki (1976)— también hacen del crecimiento un proceso que no puede autosostenerse, pero además la historia económica de nuestro país indica que la actividad primario-exportadora no crea demanda interna suficiente para apoyar un crecimiento capaz de generar empleos a tasas socialmente deseables y, lo que es peor, está sujeta a las fluctuaciones del mercado internacional. A todo lo anterior se agrega el hecho de que la experiencia neoliberal de más de diez años ha exacerbado el desequilibrio externo tanto por el lado de la balanza comercial como por el lado de la balanza de servicios financieros. La reproducción de tasas de crecimiento históricas produce mayores déficit que antes.

El financiamiento del crecimiento también se ha hecho altamente dependiente del capital extranjero. La recesión actual muestra que en ausencia de continuas entradas de capitales de corto plazo no hay manera de evitar la pérdida de reservas internacionales. Ciertamente, las magnitudes indican que, dependiendo de lo que ocurra con las exportaciones, la aceleración del crecimiento puede chocar más temprano que tarde con el conocido “cuello de botella” externo ante cambios adversos como una salida de capitales, un deterioro de los términos de intercambio, o una drástica disminución de la demanda mundial por productos primarios. Los efectos desestabilizadores del desequilibrio externo no pueden eliminarse indefinidamente con capitales de corto plazo volátiles, pero tampoco (como lo indica la historia del modelo primario exportador anterior a la sustitución de importaciones) con la inversión extranjera y los préstamos externos⁷.

Bibliografía

- Dancourt, Oscar 1999 “Reforma neoliberal y política macroeconómica en el Perú”, en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile), N° 67, Abril.
- Dancourt, Oscar y Jorge Rojas 1993 “El Perú desde 1990: ¿el fin de la restricción externa?” (Lima), Serie Documentos de Trabajo, N° 116, Departamento de Economía, Pontificia Universidad Católica del Perú, Noviembre.
- Figuroa, Adolfo 1998 “Políticas Macroeconómicas y Pobreza en el Perú” (Lima), Serie Documentos de Trabajo N° 145, Departamento de Economía, Pontificia Universidad Católica del Perú, Mayo.
- Franke, Pedro 1999 “La lucha contra la Pobreza en el Perú de los noventa” (Lima), Mimeo. Octubre.
- Franke, Pedro 1998 “Focalización del gasto público en salud en el Perú: situación y alternativas” (Lima), Serie Documentos de Trabajo N° 155, Departamento de Economía, Pontificia Universidad Católica del Perú, Octubre.
- Iguíñiz, Javier 1999 “Pobreza: Perú vs América Latina”, en *Actualidad Económica* (Lima), N° 202, Noviembre.
- Jiménez, Félix 1997 “Ciclos y Determinantes del Crecimiento Económico: Perú 1950-1996”, en *Economía* (Lima), Revista del Departamento de Economía de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Vol. XX. N° 39-40.
- Jiménez, Félix 1996 “Notas sobre la desindustrialización reciente y la necesidad de una nueva política industrial”, en *Socialismo y Participación* (Lima), Revista Trimestral del CEDEP, No. 74, Junio.
- Jiménez, Félix 1995 “Perú 1990-1995: Algunos Efectos del Proceso de Ajuste en la Balanza de Pagos y el Crecimiento?”, en *Socialismo y Participación* (Lima), Revista Trimestral del CEDEP, N° 70, Junio.
- Jiménez, Félix 1994[a] “La reciente reactivación y los efectos del ajuste liberal: ¿continuidad o ruptura?”, en *Socialismo y Participación* (Lima), Revista Trimestral del CEDEP, N° 66 Junio.
- Jiménez, Félix 1994[b] “De la espúrea sustitución de importaciones a la reprimarización: el nuevo patrón de acumulación en el Perú”, en *Defensa y Desarrollo Nacional* (Lima), Revista del Centro de Altos Estudios Militares, Año XIII, N°. 14, Diciembre.
- Jiménez, Félix 1989 *Economía Peruana: Límites Internos y Externos al Crecimiento Económico* (Lima: Fundación Friedrich Ebert).
- Kalecki, Michal 1976 *Essays on Developing Economies* (London: Harvester Press).

Neyra, Hugo 1999 "Kairos. El tiempo contado", en *Socialismo y Participación* (Lima, CEDEP), N° 86, Diciembre.

OIT 1997 *Panorama Laboral 4* (Lima).

Petrera, Margarita y Luis Cordero 1999 "El aseguramiento público en salud: factores que intervienen en la elección de proveedor," en R. Webb y M. Ventocilla (editores), *Pobreza y Economía Social. Análisis de una encuesta EN - NIV-1997* (Lima: Instituto Cuanto, UNICEF, AID).

Saavedra, Jaime 1998 "¿Crisis real o crisis de expectativas?. El empleo en el Perú antes y después de las reformas estructurales" (Lima). Documento de Trabajo N° 25, GRADE.

Schuldt, Jurgen 1994 *La enfermedad holandesa y otros virus de la economía peruana* (Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico).

Schydowsky, Daniel 1996 *Modelo Económico Peruano de Fin de Siglo* (Lima: Fundación Friedrich Ebert).

Schydowsky, Daniel, Shane Hunt y Jaime Mezzera 1983 *La promoción de las exportaciones no tradicionales en el Perú* (Lima: Asociación de Exportadores, ADEX).

Taylor, Lance 1988 "La Apertura Económica: problemas hasta fines de siglo", en *El Trimestre Económico* (México), N° 217, Enero-Mayo.

Williamson, John 1990 *El cambio en las políticas económicas de América Latina* (México: Editorial Gernika).

Notas

1 Nótese que las exportaciones no tradicionales son las que se encuentran afectadas por el tipo de cambio real actual, y no las exportaciones que resultarán de las inversiones en minería que, como las del oro, son rentables a largo plazo.

2 La mayoría de las cifras de empleo utilizadas en esta sección pertenecen a Saavedra (1998).

3 En los años 1986 y 1996, en los que la tasa de actividad es similar (61,2% y 59,9%, respectivamente), la tasa de desempleo aumentó de 5,4% a 7,2% (Saavedra, 1998: p. 14).

4 El empleo formal corresponde al generado por empresas de más de cinco trabajadores, más profesionales y técnicos independientes y los empleados públicos. Por su parte, el empleo informal incorpora al resto de trabajadores independientes, al empleo en microempresas y a los trabajadores del hogar y familiares no remunerados (OIT, 1997).

5 “La educación masivamente ha empeorado”, dice Neyra (1999). Pero no sólo por causas demográficas. “(...)Estamos ante una predicción autoprovocada. Con menos renta, lógicamente, cada año la enseñanza pública se vuelve menos eficaz. La estrategia neoliberal juega con fuego (...). La combinación de hogares empobrecidos, en una sociedad de padres ausentes y malos colegios, sumada a la poca alimentación, los abusos, palizas y drogas en el medio infantil, está creando generaciones de tarados. En los últimos decenios, en niños y adolescentes, el desarrollo intelectual, la inteligencia, ha disminuido” (Neyra, 1999).

6 La dolarización constituye el obstáculo más difícil de vencer para efectuar un manejo cambiario con mayor flexibilidad.

7 Para otra explicación de la independencia entre las variaciones de las RINES del sistema bancario y el déficit de la balanza comercial y de servicios no financieros (Dancourt y Rojas, 1993).